

Hamlet

William Shakespeare

Traducción de Leandro Fernández de Moratín, 1825

PERSONAJES

CLAUDIO, Rey de Dinamarca.

GERTRUDIS, Reina de Dinamarca.

HAMLET, Príncipe de Dinamarca.

FORTIMBRÁS, Príncipe de Noruega.

LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

POLONIO, Sumiller de Corps.

OFELIA, hija de Polonio.

LAERTES, hijo.

HORACIO, amigo de Hamlet.

VOLTIMAN, cortesano.

CORNELIO, cortesano.

RICARDO, cortesano.

GUILLERMO, cortesano.

ENRIQUE, cortesano.

MARCELO, soldado.

BERNARDO, soldado.

FRANCISCO, soldado.

REYNALDO, criado de Polonio.

DOS EMBAJADORES de Inglaterra.

UN CURA.

UN CABALLERO.

UN CAPITÁN.

UN GUARDIA.

UN CRIADO.

DOS MARINEROS.

DOS SEPULTUREROS.

CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc.

La escena se representa en el Palacio y Ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

HAMLET

Acto I

Escena I

Explanada delante del Palacio Real de Elsingor. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO

BERNARDO.- ¿Quién está ahí?

BERNARDO.- Las doce han dado ya.

FRANCISCO.- Hace un frío que penetra .

FRANCISCO.- Ni un ratón se ha movido.

Escena II

HORACIO, MARCELO y dichos.

MARCELO.- centinela

BERNARDO.- ¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.- Un pedazo de él.

MARCELO.- ¿Y qué? ¿Se ha vuelto a aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.- Yo nada he visto

MARCELO.- Horacio dice que es aprehensión nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de ese espantoso fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones.

BERNARDO.- Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oír y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

BERNARDO.- La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera, para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, a tiempo que el reloj daba la una...

MARCELO.- Chit. Calla, mírale por donde viene otra vez.

BERNARDO.- Con la misma figura que tenía el difunto Rey.

MARCELO.- Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

HORACIO.- Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.- Querrá que le hablen.

HORACIO.- ¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo a la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la majestad del Soberano Danés, que yace en el sepulcro?

MARCELO.- Parece que está irritado.

BERNARDO.- ¿Ves? Se va, como despreciándonos.

BERNARDO.- ¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿No es esto algo más que aprensión? ¿Qué te parece?

HORACIO.- Por Dios que nunca lo hubiera creído, sin la sensible y cierta demostración de mis propios ojos.

MARCELO.- Pues de esa manera, y a esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.- Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza a nuestra nación.

MARCELO.- Ahora bien, sentémonos y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa;

¿por qué fatigan todas las noches a los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundición de cañones de bronce y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados a un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches a los días?

HORACIO.- Al terminar la guerra en la frontera. Ahora el joven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falta de experiencia y lleno de presunción, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega, una turba de gente resuelta y perdida, a quien la necesidad de comer determina a intentar empresas que piden valor; y según claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y a fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictamen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación y movimiento en que toda la nación está.

BERNARDO.- Y en parte lo confirma la visión espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto, con la figura misma del Rey, que fue y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.- Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época más gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese quedaron vacíos los sepulcros y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse como si el fin del mundo hubiese llegado... Pero. Silencio... ¿Veis?... allí... Otra vez vuelve... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz háblame. Si sabes los hados que amenazan a tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay!, habla...

MARCELO.- ¿Le daré con mi lanza?

MARCELO.- Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un Soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.- Él iba ya a hablar cuando **el gallo cantó.**

HORACIO.- Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al Dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que a este anuncio, todo extraño espíritu errante por la tierra o el mar, el fuego o el aire, huye a su centro.

HORACIO.- Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin a la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, Caballeros, Damas y acompañamiento.

Salón de Palacio.

CLAUDIO.- A este fin he recibido por esposa, a la que un tiempo fue mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido a la felicidad las lágrimas, las fiestas a pompa fúnebre, los cánticos de muerte a los epitalamios de Himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ahora falta deciros, que el joven Fortimbrás no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano, con todas las formalidades de la ley. Tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas.

Escena IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, Damas, Caballeros y acompañamiento.

LAERTES.- Respetable Soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver a Francia. De allí he venido voluntariamente a Dinamarca a manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinación me llaman de nuevo a aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.- ¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices Polonio?

POLONIO.- A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento.

CLAUDIO.- Elige el tiempo que te parezca más oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea más conducente a tu felicidad. Y tú, Hamlet, ¡mi deudo, mi hijo!

HAMLET.- Algo más que deudo, y menos que amigo.

CLAUDIO.- ¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.- Al contrario, señor, estoy demasiado a la luz.

GERTRUDIS.- Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca; ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo a tu generoso padre. Tú lo sabes, común es a todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza a la eternidad.

HAMLET.- Sí señora, a todos es común.

GERTRUDIS.- Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.- ¿Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante río, ni la dolorida expresión del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, a manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, aquí dentro tengo lo que es más que apariencia, lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.- Bueno y laudable es que tu corazón pague a un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero, no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre también y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligación de su obsequiosa tristeza a un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinación impía. Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza, considera que tienes un padre en mi puesto, que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona más inmediata a mi trono y que te amo con el afecto más puro que puede tener a su hijo un padre.

GERTRUDIS.- Yo te ruego Hamlet, que no vayas a Witemberg; quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.- Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.- Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento, no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis sin que lo anuncie a las nubes el cañón robusto, y el cielo retumbe muchas veces a las aclamaciones del Rey repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

Escena V

HAMLET solo

HAMLET.- ¡Oh! ¡Si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ¡O el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Oh! ¡Dios! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él, es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado a suceder a los dos meses que él ha muerto! No, ni tanto, aún no ha dos meses. Aquel excelente Rey, que fue comparado con este, como con un Sátiro, Hiperión; tan amante de mi madre, que ni a los aires celestes permitía llegar atrevidos a su rostro. ¡Oh! ¡Cielo y tierra! ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesión hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡Ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad! ¡Tú tienes nombre de mujer! En el corto espacio de un mes y aún antes de romper los zapatos con que, semejante a Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... Sí, ella, ella misma. ¡Cielos! Una fiera, incapaz de razón y discurso, hubiera mostrado aflicción más durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no más parecido a él que yo lo soy a Hércules. En un mes... enrojecidos aún los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah! ¡Delincuente precipitación! ¡Ir a ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, hazte pedazos corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

Escena VI

HAMLET, HORACIO, BERNARDO y MARCELO

HAMLET.- Pero, dime, ¿qué asuntos tienes en Elsingor? Aquí te enseñaremos a ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.- He venido a ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.- No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido a las bodas de mi madre.

HORACIO.- Es verdad, como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.- Economía, Horacio, economía. Aún no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... Me parece que veo a mi padre.

HORACIO.- ¿En dónde, señor?

HAMLET.- Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.- Señor, yo creo que le vi anoche.

HAMLET.- ¿Le viste? ¿A quién?

HORACIO.- Al Rey vuestro padre.

HAMLET.- ¿Al Rey mi padre?

HORACIO.- Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso apoyado con el testimonio de estos caballeros. Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como a la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante a vuestro padre, armada según él solía de pies a cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el pavor, acercándose hasta donde ellos podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voyme a la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La Sombra volvió en efecto. Yo conocí a vuestro padre, y es tan parecido a él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

HAMLET.- ¿Y en dónde fue eso?

MARCELO.- En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.- ¿Y no le hablasteis?

HORACIO.- Sí señor, yo le hablé; pero no me dio respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese a hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista

HAMLET.- ¿Decís que iba armado?

TODOS.- Sí, señor, armado.

HAMLET.- ¿Y qué? ¿Parecía que estaba irritado?

HORACIO.- Más anunciaba su semblante el dolor que la ira.

HAMLET.- ¿Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.- El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

MARCELO.- Más, más estuvo.

HORACIO.- Cuando yo le vi, no.

HAMLET.- Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve. Si él se me presenta en la figura de mi noble padre yo le hablaré aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido a todos que así como hasta ahora habéis callado a los demás, lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré a buscaros a la muralla.

Escena VII

LAERTES, OFELIA

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES.- Ya tengo todo mi equipaje a bordo. Adiós hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

OFELIA.- ¿Puedes dudarlo?

LAERTES.- Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta a vivir y no permanece hermosa, no durable: perfume de un momento y nada más.

OFELIA.- Nada más.

LAERTES.- Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borrón alguno la pureza de su intención; pero debes temer, al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia y que vive sujeto a obrar según a su nacimiento corresponde. Él no puede como una persona vulgar, elegir por sí mismo; puesto que de su elección depende la salud y prosperidad de todo un Reino y ve aquí por qué esta elección debe arreglarse a la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza.

OFELIA.- Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos Pastores hacen mostrando áspero y espinoso el camino del Cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres; sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.- ¡Oh! No lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre, pues la ocasión es favorable me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

Escena VIII

POLONIO, LAERTES, OFELIA

POLONIO.- ¿Aún estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, a bordo, el viento impele ya por la popa tus velas, y a ti sólo aguardan. Recibe mi bendición.

Escena IX

POLONIO, OFELIA

POLONIO.- ¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.- Si gustáis de saberlo, cosas eran relativas al Príncipe Hamlet.

POLONIO.- Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo a esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, a fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde a una hija mía y a tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.- Últimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.- ¡Amor! ¡Ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia, en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito a esa ternura?

OFELIA.- Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.- Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos a la lengua; Por último, te digo claramente, que desde hoy no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversación con el Príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete a tu aposento.

OFELIA.- Así lo haré, señor.

Escena X

HAMLET, HORACIO, MARCELO

Explanada delante del Palacio. Noche oscura.

HAMLET.- El aire es frío y sutil en demasía.

HORACIO.- En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.- ¿Qué hora es ya?

HORACIO.- Me parece que aún no son las doce.

MARCELO.- No, ya han dado.

HORACIO.- No las he oído. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero, ¿**qué significa este ruido**, señor?

HAMLET.- Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete, con gran vocería y traspieses de embriaguez y a cada copa del Rhin que bebe, **los timbales y trompetas** anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.- ¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.- Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho a sus estilos, me parece que sería más decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal que embrutece el entendimiento nos infama a los ojos de las otras naciones, desde oriente

a occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso y en verdad que él solo, por más que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta a empañar el lustre de nuestra reputación.

HORACIO.- ¿Veis? Señor, ya viene.

HAMLET.- ¡Ángeles y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa o condenada visión, traigas contigo aura celestial o ardores del infierno, sea malvada o benéfica intención la tuya en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi Rey, mi Padre, Soberano de Dinamarca... ¡Oh, respóndeme, no me atormentes con la duda! Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez a ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo a la noche horror? ¿Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitación espantosa con ideas que exceden a los alcances de nuestra razón? Di, ¿por qué es esto? ¿Por qué?, o ¿qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.- Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo a solas.

MARCELO.- Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañéis a lugar más remoto; pero no hay que ir con él.

HAMLET.- ¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo nada la vida, en nada, y a mi alma, ¿qué puede él hacerle, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voyle a seguir.

HORACIO.- ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar sólo inspira ideas melancólicas a cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.- Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

MARCELO.- No señor, no iréis.

HAMLET.- Dejadme. Apartad esas manos... Por Dios..., o quedará muerto a las mías el que me detenga.

Escena XI

HORACIO, MARCELO

MARCELO.- Algún grave mal se oculta en Dinamarca.

Escena XII

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET

*Parte remota **cercana al mar**. Vista a lo lejos del Palacio de Elsingor.*

HAMLET.- ¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.- Mírame.

HAMLET.- Ya te miro.

LA SOMBRA.- No me compadezcas: presta sólo atentos oídos a lo que voy a revelarte.

HAMLET.- Habla, yo te prometo atención.

LA SOMBRA.- Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.- ¿Por qué?

LA SOMBRA.- Yo soy el alma de tu padre: destinada por cierto tiempo a vagar de noche y aprisionada en fuego durante el día; hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. Atiende. Si tuviste amor a tu tierno padre...

HAMLET.- ¡Oh, Dios!

LA SOMBRA.- Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.- ¿Homicidio?

LA SOMBRA.- Sí, homicidio cruel.

HAMLET.- Refiéremelo presto, para que con alas veloces, como la fantasía, o con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite a la venganza.

LA SOMBRA.- Esparciose la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber que la serpiente que mordió a tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.- ¡Oh! Presago me lo decía el corazón, ¿mi tío?

LA SOMBRA.- Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... Supo inclinar a su deshonesto apetito la voluntad de la Reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh! ¡Hamlet! ¡Cuán grande fue su caída! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... Dormía yo una tarde en mi jardín según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual, de tal manera es contraria a la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la más pura y robusta sangre, como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó a despegarse a trechos con una especie de lepra en áspera y asquerosas costras. Así fue que estando durmiendo, perdí a manos de mi hermano mismo, mi corona, mi esposa y mi vida a un tiempo. Perdí la vida, cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. Adiós. Ya la luciérnaga amortiguando su aparente fuego nos anuncia la proximidad del día. Adiós. Adiós.
Acuérdate de mí.

Escena XIII

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO

HAMLET.- ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré, y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas e impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Adiós, adiós, acuérdate de mí. Yo he jurado acordarme.

HAMLET.- Bien has dicho, **topo viejo Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador?**

HAMLET.- Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá y, como antes dije, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por más singular y extraordinaria que sea de hoy más mi conducta (puesto que acaso juzgaré a propósito afectar un proceder del todo extravagante) nunca vosotros al verme así daréis nada a entender, cruzando los brazos de esta manera, o haciendo con la cabeza este movimiento, o con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos, si quisiéramos... si gustáramos de hablar, hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... o en fin, cualquiera otra expresión ambigua, semejante a éstas, por donde se infiera que vosotros sabéis algo de mí. Juradlo

Acto II

Escena I

POLONIO, REYNALDO

Sala en casa de Polonio.

POLONIO.- Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

REYNALDO.- Así lo haré, señor.

POLONIO.- Será un admirable golpe de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

Escena II

POLONIO, OFELIA

POLONIO.- Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.- ¡Ay! ¡Señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.- ¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.- Yo estaba haciendo labor en mi cuarto, cuando el Príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... Se presenta delante de mí.

POLONIO.- Loco, sin duda, por tus amores, ¿eh?

OFELIA.- Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.- ¿Y qué te dijo?

OFELIA.- Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartose después a la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndolo con atención como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato; hasta que por último, sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacerse en pedazos el cuerpo, y dar fin a su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó a andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella, fijó la vista en mí.

POLONIO.- Ven conmigo, quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor que siempre fatal a sí mismo, en su exceso violento, inclina la voluntad a empresas temerarias, más que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza.

Mucho siento este accidente. Pero, dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

OFELIA.- No señor; sólo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas y me he negado a sus visitas.

POLONIO.- Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con más acierto su pasión. Vamos, vamos a ver al Rey. Conviene que lo sepa.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, acompañamiento.

Salón de palacio.

CLAUDIO.- Bienvenido, Guillermo, y tú también querido Ricardo. La necesidad que tengo de vosotros me ha determinado a solicitar vuestra venida. **Algo habéis oído ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior, ni en lo**

exterior se parece nada al que antes era; ni llevo a imaginar que otra causa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego a entrambos, que tengáis a bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría, y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada aflicción que así le consume para que descubriéndola, procuremos su alivio.

GERTRUDIS.- Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallaran otros dos sujetos a quienes él profese mayor cariño. Vuestra asistencia será remunerada, como corresponde al agradecimiento de un Rey.

Escena IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, acompañamiento.

POLONIO.- Señor, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO.- Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

GERTRUDIS.- ¡Ah! Yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre y nuestro acelerado casamiento.

Escena V

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, acompañamiento.

CLAUDIO.- Bienvenidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano, el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.- Corresponde con la más sincera amistad a vuestras atenciones y a vuestro ruego.

Escena VI

CLAUDIO, GERTRUDIS y POLONIO

POLONIO.- Este asunto se ha concluido muy bien. Mi Soberano y vos, señora, explicar lo que es la dignidad de un Monarca, las obligaciones del vasallo y porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo; sería gastar inútilmente el día, la noche y el tiempo. Así, pues, como quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay más enfadoso que los rodeos y perífrasis... Seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque (si en rigor se examina) ¿qué otra cosa es la locura, sino estar uno enteramente loco? Pero, dejando esto aparte...

GERTRUDIS.- Al caso, Polonio, al caso y menos artificios.

POLONIO.- Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto; pero dejemos a un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos, pues, en que está loco, y

ahora falta descubrir la causa de este efecto, o por mejor decir, la causa de este defecto, porque este efecto defectuoso, nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... La tengo mientras es mía, que en prueba de su respeto y sumisión... Notad lo que os digo... Me ha entregado esta carta. Ahora, resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. Al ídolo celestial de mi alma: a la sin par Ofelia... Esta es una alta frase...

¡Una falta de frase, sin par! Es una falta de frase, pero, oíd lo demás. Estas letras, destinadas a que su blanco y hermoso pecho las guarde: éstas...

GERTRUDIS.- ¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.- Bueno, ¡por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas, duda si al sol hoy movimiento falta, duda lo cierto, admite lo dudoso; pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo posible. Adiós. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista. Hamlet. Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del Príncipe; según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

POLONIO.- Y después, le mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó a padecer melancolías, después inapetencia, después vigiliás, después debilidad, después aturdimiento y después (por una graduación natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.- ¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.- Bien sabéis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.- Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.- Pues, cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte y enviadme a una alquería a guiar un arado.

GERTRUDIS.- Pero, ¿veis? ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.- Retiraos, yo os lo suplico, retiraos entrambos, que le quiero hablar, si me dais licencia.

Escena VII

POLONIO, HAMLET

POLONIO.- ¡Cómo os va, mi buen señor! ¿Qué estáis leyendo?

HAMLET.- Palabras, palabras, palabras.

POLONIO.- Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.- ¿Adónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.- Cierto, que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voyle a dejar y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.- No me puedes pedir cosa que con más gusto te conceda; exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.- Adiós, señor.

Escena VIII

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

RICARDO.- Buenos días, señor.

GUILLERMO.- Dios guarde a vuestra Alteza.

HAMLET.- ¡Oh! Buenos amigos. ¿Cómo va? ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.- Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.- Señal que el día del juicio va a venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte más particularmente. ¿Por qué delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte, a vivir en prisión?

GUILLERMO.- ¿En prisión decís?

HAMLET.- Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.- También el mundo lo será.

HAMLET.- Y muy grande: con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.- Nosotros no éramos de esa opinión.

RICARDO.- Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo, sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

HAMLET.- ¡Oh! ¡Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez y crearme soberano de un estado inmenso... Pero, estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.- Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es más que la sombra de un sueño.

HAMLET.- El sueño, en sí, no es más que una sombra.

RICARDO.- Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.- De donde resulta, que los mendigos son cuerpos y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato a la corte, señores; porque, a la verdad, no tengo la cabeza para discurrir. A vosotros os envían, sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesión, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey, y también la Reina os han mandado que vengáis.

HAMLET.- Y yo os voy a decir el motivo: así me anticiparé a vuestra propia confesión; sin que la fidelidad que debéis al Rey y a la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo a esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones. Y este accidente ha sido tan funesto a mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Que admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razón! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante a un ángel en sus acciones! Y en su espíritu, ¡qué semejante a Dios! Él es sin duda lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues, no obstante, ¿qué juzgáis que es en mi estimación ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinión.

RICARDO.- En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

HAMLET.- Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.- Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de Cuaresma daréis a los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.- El que hace de Rey sea muy bien venido, Su Majestad recibirá mis obsequios como es de razón, el arrojado caballero sacará a lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasión o las interrupciones del verso hablarán por ella. Y ¿qué cómicos son?

RICARDO.- Los que más os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.- ¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputación y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.- Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cría de chiquillos, vengejos chillones, que gritando en la declamación fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversión del día, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven a poner el pie en los otros.

HAMLET.- ¡Oiga! ¿Conque sin muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil por su edad si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

GUILLERMO.- Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.- Pues, caballeros, muy bien venidos a Elsinger; os hago saber que yo debo recibir muy bien a los cómicos, en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que a ellos les haga,

pareciesen mayores que las que os hago a vosotros. Bienvenidos. Pero, mi tío padre, y mi madre tía, a fe que se equivocan mucho.

GUILLERMO.- ¿En qué, señor?

HAMLET.- Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

Escena IX

POLONIO y dichos.

POLONIO.- Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.- Señor, tengo que daros una noticia. Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.- Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.- ¡Tuh!, ¡tuh!, ¡tuh!

POLONIO.- Estos son los más excelentes actores del mundo, así en la Tragedia como en la Comedia. Historia o Pastoral: en lo Cómico-Pastoral, Histórico-Pastoral, Trágico-Histórico, Tragi-Cómico Histórico-Pastoral, Escena indivisible, Poema ilimitado... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto a las reglas de composición y a la franqueza cómica, éstos son los únicos.

HAMLET.- ¡Oh! ¡Jephte, Juez de Israel!... ¡Qué tesoro poseíste!

POLONIO.- ¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.- ¿Qué tesoro? No más que una hermosa hija a quien amaba en extremo.

POLONIO.- Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.- ¿No tengo razón, anciano Jephte?

POLONIO.- Señor, si me llamáis Jephte, cierto es que tengo una hija a quien amo en extremo.

HAMLET.- ¡Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.- ¿Pues que sigue señor?

HAMLET.- Esto y luego, ya sabes:

No hay más suerte que Dios ni más destino; que cuanto nos sucede Él lo previno.

Lee la primera línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? ahí vienen otros a hablar por mí.

Escena X

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO y cuatro cómicos

HAMLET: Bienvenidos, señores; me alegro de veros a todos tan buenos. Señor mío, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? Y agasajarlos bien. Ellos son, sin duda, el epítome histórico de los siglos, y más te valdrá tener después de muerto un mal epitafio, que una mala reputación entre ellos mientras vivas.

POLONIO.- Yo, señor, los trataré conforme a sus méritos.

HAMLET.- ¡Qué cabeza ésta! No señor, mucho mejor. Si a los hombres se les hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátales como corresponde a tu nobleza, y a tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor será tu bondad. Oye aquí tú, amigo; dime ¿no pudierais representar La muerte de Gonzago?

CÓMICO 1.º.- Sí señor.

HAMLET.- Pues mañana a la noche quiero que se haga. Y ¿no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce o dieciséis versos que quiero escribir e insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO 1.º.- Sí señor.

Escena XI

HAMLET solo

HAMLET.- Ya estoy solo. ¡Qué abatido! ¡Qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficción, pueda dirigir tan a su placer el ánimo que así agite y desfigure el rostro en la declamación, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas a lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. Y ¿quién es Hécuba para él, o él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¿qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo? Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría a cuantos le oyesen, llenaría de desesperación al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusión, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, ¡y miro con tal indiferencia mis agravios! ¿Qué? ¿Nada merece un Rey con quien se cometió el más atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se atreve a llamarme villano? ¿O a insultarme en mi presencia? ¿Arrancarme la barba, soplarmela al rostro, asirme de la nariz o hacerle tragar lejía que me llegue al pulmón? ¿Quién se atreve a tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; a no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno. Deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero, ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mío, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza) **afeminado y débil** desahogue con palabras el corazón, prorrumpe en execraciones vanas, como una prostituta vil, o un pillo de cocina? ¡Ah! No, ni aun sólo imaginarlo. ¡Eh!... **Yo he oído, que tal vez asistiendo a una representación hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusión del teatro, que a vista de todos han publicado sus delitos, que la culpa aunque sin lengua siempre se manifestará por medios maravillosos.** Yo haré que estos actores representen delante de mi tío algún pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo más vivo del corazón; observaré sus miradas; si muda de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparición que vi

pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la más agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginación perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. **Yo voy a adquirir pruebas más sólidas, y esta representación ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.**

Acto III

Escena I

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO
Galería de Palacio.

GERTRUDIS.- ¿Le habéis convidado para alguna diversión?

RICARDO.- Sí señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino; se lo dijimos, y mostró complacencia al oírlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

CLAUDIO.- Con mucho gusto; me complace en extremo saber que tiene tal inclinación.

Escena II

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA

CLAUDIO.- Tú, mi amada Gertrudis, deberás también retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre a Ofelia. Su padre y yo, testigos los más aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos. Así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

Escena III

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

POLONIO.- Paséate por aquí, Ofelia. Si Vuestra Majestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro; esta ocupación disculpará la soledad del sitio...

Escena IV

HAMLET, OFELIA

HAMLET.- Existir o no existir, ésta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios? Cuando el que esto sufre, pudiera procurar su quietud con sólo un puñal. ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la Muerte (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! ¿Eres honesta?

OFELIA.- Señor...

HAMLET.- ¿Eres hermosa?

OFELIA.- ¿Qué pretendéis decir con eso?

HAMLET.- Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.- ¿Puede, acaso, tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.- Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar a la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

OFELIA.- Así me lo dabais a entender.

HAMLET.- Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemor original... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.- Muy engañada estuve.

HAMLET.- Mira, vete a un convento, ¿para qué te has de exponer a ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso; con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos a ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados; no creas a ninguno de nosotros, vete, vete a un convento...

HAMLET.- Si te casas quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve; no podrás librarte de la calumnia. Vete a un convento. Adiós. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cástate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento y pronto. Adiós.

HAMLET.- He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecios. La naturaleza os dio una cara y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar añinado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero, no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

Escena V

OFELIA sola

OFELIA.- ¡Oh! ¡Qué trastorno ha padecido esa alma generosa! ¡Cuánta, cuánta es mi desdicha, de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

Escena VI

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

CLAUDIO.- ¡Amor! ¡Qué! No van por ese camino sus afectos, ni en lo que ha dicho; aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca; a fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra, a pedir en mi nombre los atrasados tributos.

Escena VII

CLAUDIO, POLONIO

POLONIO.- Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgáis a propósito, sería bien que la Reina retirada a solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste a que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje

de donde pueda oír toda la conversación. Si no logra su madre descubrir este arcano, envíadle a Inglaterra, o desterradle a donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.- Así se hará.

Escena VIII

HAMLET y dos cómicos

Salón del Palacio.

HAMLET.- Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así, acuchillando el aire: moderación en todo; puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. A mí me desazona en extremo ver a un hombre, muy cubierta la cabeza con su cabellera, que a fuerza de gritos estropea los afectos que quiere expresar, y rompe y desgarras los oídos del vulgo rudo; que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaré azotar a un energúmeno de tal especie. Evita, evita este vicio.

HAMLET.- Ni seas tampoco demasiado frío; tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder a la palabra, y ésta a la acción, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación que desde el principio hasta ahora, ha sido y es: ofrecer a la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera o se debilita, excitará la risa de los ignorantes.

CÓMICO 1.º.- Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.- Corregidle del todo, y cuidado también que los que hacen de payos no añadan nada a lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reír a los oyentes más adustos, empiezan a dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id a preparaos.

Escena IX

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO

Escena X

HAMLET, HORACIO

HAMLET.- ¿Quién es?... ¡Ah! Horacio. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero, yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey, una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas a las de

la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes a mi tío con la más viva atención del alma, si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo. Examínale cuidadosamente, yo también fijaré mi vista en su rostro, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie. Ya vienen a la función, vuélvome a hacer el loco, y tú busca asiento.

Escena XI

CLAUDIO, GERTRUDIS y HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, y acompañamiento de Damas, Caballeros, Pajes y Guardias. Suena la marcha dánica.

GERTRUDIS.- Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte a mi lado.

HAMLET.- No, señora, aquí hay un imán de más atracción para mí. ¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.- No señor.

HAMLET.- Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.- Sí señor.

HAMLET.- ¿Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.- No, no pienso nada de eso.

HAMLET.- Qué dulce cosa es...

OFELIA.- ¿Qué decís, señor?

HAMLET.- Nada. Y, bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está y mi padre murió ayer.

OFELIA.- ¡Eh! No señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.- ¿Tanto ha? ¡Oh! Pues quiero vestirme todo de armiños y llévese el diablo el luto.

Escena XII

CÓMICO 4º y dichos.

CÓMICO 4.º.- Humildemente os pedimos que escuchéis esta Tragedia, disimulando las faltas que haya en nosotros y en ella.

Escena XIII

CÓMICO 1.º, CÓMICO 2.º, y dichos.

CLAUDIO.- ¿Te has enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.- No, señor, no. Si todo ello es mera ficción, un veneno..., fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! No señor.

CLAUDIO.- ¿Cómo se intitula este Drama?

HAMLET.- La Ratonera. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el Duque se llama Gonzago y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto... ¡Oh! ¡Es un enredo maldito! Y ¿qué importa? A Vuestra Majestad y a mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar: al rocín que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero, a bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

Escena XIV

CÓMICO 3.º y dichos.

CÓMICO 3.º.- Negros designios, brazo ya dispuesto a ejecutarlos, tosigo oportuno, sitio remoto, favorable el tiempo y nadie que lo observe. Tú, extraído de la profunda noche en el silencio atroz veneno, de mortales yerbas (invocada Proserpina) compuesto: infectadas tres veces y otras tantas exprimidas después, sirve a mi intento; pues a tu actividad mágica, horrible, la robustez vital cede tan presto.

HAMLET.- ¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El Duque se llama Gonzago, es historia cierta y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis como la mujer de Gonzago se enamora del matador.

OFELIA.- El Rey se levanta.

HAMLET.- ¿Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.- ¿Qué tenéis, señor?

CLAUDIO.- Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.- Luces, luces.

Escena XV

HAMLET, HORACIO, CÓMICO 1.º, CÓMICO 3.º

HAMLET.- ¡Oh! Mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.- Sí señor, bien lo he visto.

HAMLET.- ¿Cuándo se trató de veneno?

HORACIO.- Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.- ¡Ah! Quisiera algo de música: traedme unas flautas... Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... Porque no le gusta. Vaya un poco de música.

Escena XVI

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO

RICARDO.- Sólo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais a recoger.

HAMLET.- La obedeceré, si diez veces fuera mi madre. ¿Tienes algún otro negocio que tratar conmigo? ¡Ah! Ya están aquí las flautas.

Escena XVII

CÓMICO 3.º y dichos.

HAMLET.- Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.- Yo no puedo, señor.

HAMLET.- Vamos.

GUILLERMO.- De veras que no puedo.

HAMLET.- Yo te lo suplico

GUILLERMO.- Pero, si no sé palabra de eso.

HAMLET.- Más fácil es que tenderse a la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás que lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los toques.

GUILLERMO.- Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.- Pues, mira tú, en que opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta? No; dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

Escena XVIII

POLONIO y dichos.

POLONIO.- Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.- Pues al instante iré a ver a mi madre. Tanto harán estos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

Escena XIX

HAMLET solo

HAMLET.- Este es el espacio de la noche, apto a los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre, ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verla. Pero, vamos a ver a mi madre... ¡Oh! ¡Corazón! No desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Nerón. Déjame ser cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla está en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la

lengua, sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

Escena XX

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Gabinete.

CLAUDIO.- No, no le quiero aquí; ni conviene a nuestra seguridad dejar libre el campo a su locura. Preveníos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe a Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme a un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

Escena XXI

CLAUDIO, POLONIO

POLONIO.- Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre, voy a ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso.

Escena XXII

CLAUDIO solo

CLAUDIO.- ¡Oh! ¡Mi culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición más terrible, la muerte de un hermano. No puedo recogerme a orar, por más que eficazmente lo procuro, que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre a quien dos obligaciones llaman, me detengo a considerar por cual empezaré primero, y no cumpla ninguna... Pero, si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los Cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega a ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir a caer, o de adquirírnos el perdón habiendo caído? Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa. Pero, ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! Que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron a la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos a manifestar nuestras faltas todas, sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... y ¿qué no podrá? Pero, ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh! ¡Situación infeliz! ¡Oh! ¡Conciencia ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh! ¡Alma

mía aprisionada! Que cuanto más te esfuerzas para ser libre, más quedas oprimida, ¡Ángeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces, y tu corazón mío de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

Escena XXIII

CLAUDIO, HAMLET

HAMLET.- Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... Y así se irá al cielo... ¿y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina a mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria. ¿No es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? ¡Y quedaré vengado dándole a éste la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida! No, espada mía, vuelve a tu lugar y espera ocasión de ejecutar más tremendo golpe. Cuando esté ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, o duerma con la embriaguez, o se abandone a los placeres incestuosos del lecho, o cometa acciones contrarias a su salvación; hiérole entonces, caiga precipitado al profundo y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. Mi madre me espera, malvado; esta medicina que te dilata la dolencia no evitará tu muerte.

Escena XXIV

CLAUDIO solo

CLAUDIO.- Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. Palabras sin afectos, nunca llegan a los oídos de Dios.

Escena XXV

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET

Cuarto de la Reina.

GERTRUDIS.- Hamlet, muy ofendido tienes a tu padre.

HAMLET.- Madre, muy ofendido tenéis al mío.

GERTRUDIS.- Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.- Voy, voy allá... y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.- ¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.- ¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.- ¿Te olvidas de quién soy?

HAMLET.- No, por la cruz bendita, que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... Ojalá no fuera así... ¡Eh! Sois mi madre.

GERTRUDIS.- Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con más acuerdo.

HAMLET.- Venid, sentaos y no saldréis de aquí, no os moveréis; sin que os ponga un espejo delante en que veáis lo más oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.- ¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre?..
¡Cielos!

POLONIO.- Socorro pide... ¡Oh!..

HAMLET.- ¿Qué es esto?... ¿Un ratón? Murió... Un ducado a que ya está muerto. Acción sangrienta y casi tan horrible como la de matar a un Rey y casarse después con su hermano.

GERTRUDIS.- ¿Matar a un Rey?

HAMLET.- Sí, señora, eso he dicho.

GERTRUDIS.- ¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.- Una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía a la virtud.

GERTRUDIS.- ¡Ay de mi! ¿Y qué acción es esa que así exclamas al anunciarla, con espantosa voz de trueno?

HAMLET.- ¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupción prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

GERTRUDIS.- ¡Oh! ¡Hamlet! No digas más... Tus razones me hacen dirigir la vista a mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.- Un asesino... Un malvado... Vil... Inferior mil veces a vuestro difunto esposo... Escarnio de los Reyes, ratero del imperio y el mando; que robó la preciosa corona y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.- No más, no más, que esas palabras, como agudos puñales, hieren mis oídos... No más, querido Hamlet.

Escena XXVII

GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET

HAMLET.- ¿Qué quieres, venerada Sombra?

GERTRUDIS.- ¡Ay! Que está fuera de sí.

HAMLET.- ¿Vienes acaso a culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasión y la tardanza, olvida la importante ejecución de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.- No lo olvides. Vengo a inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido.

HAMLET.- ¿En qué pensáis, señora?

GERTRUDIS.- ¡Ay! ¡Triste! Y en qué piensas tú que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo. Toda tu alma se ha pasado a tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendían, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados, a quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! Derrama sobre el ardiente fuego de tu agitación y la paciencia fría. ¿A quién estás mirando?

HAMLET.- A él, a él... ¿Le veis, que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarían a conmovier las piedras... ¡Ay! No me mires así, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.- ¿A quién dices eso?

HAMLET.- ¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.- Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.- ¿Ni oísteis nada tampoco?

GERTRUDIS.- Nada más que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.- Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre..., con el traje mismo que se vestía. ¿Veis por donde va?... Ahora llega al pórtico.

Escena XXVIII

GERTRUDIS, HAMLET

GERTRUDIS.- Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce confusiones vanas.

HAMLET.- ¿Desorden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah! ¡Madre mía! En merced os pido que no apliquéis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito.

GERTRUDIS.- ¡Ay! Hamlet, tú despedazas mi corazón.

HAMLET.- ¿Sí? Pues apartad de vos aquella porción más dañada, y vivid con la que resta, más inocente. Buenas noches... Pero, no volváis al lecho de mi tío. Si carecéis de virtud, aparentadla al menos. Buenas noches. Porque soy piadoso debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aún es mayor el que después ha de ejecutarse...

HAMLET.- ¿Sabéis que debo ir a Inglaterra?

GERTRUDIS.- ¡Ah! Ya lo había olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMELT.- Este hombre me hace ahora su ganapán..., le llevaré arrastrando a la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor Consejero (que fue en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

Acto IV

Escena I

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

Salón de Palacio.

CLAUDIO.- ¿Y a dónde ha ido?

GERTRUDIS.- A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura, llora el error que ha cometido. Así el oro manifiesta su pureza; aunque mezclado, tal vez, con metales viles.

CLAUDIO.- Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya, entretanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia, para ocultar o disculpar, un hecho tan indigno.

Escena II

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.- ¡Oh! ¡Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude. Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto a Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id a buscarle, habladle con dulzura y haced llevar el cadáver a la capilla.

Escena III

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

Cuarto de HAMLET.

RICARDO.- Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

HAMLET.- Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.- Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar a la capilla.

HAMLET.- ¡Ah! No creáis, no.

RICARDO.- ¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.- Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mío...

RICARDO.- Señor, lo que importa es que nos digáis en donde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros a ver al Rey.

HAMLET.- El cuerpo está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene a ser una cosa como...

GUILLERMO.- ¿Qué cosa, señor?

HAMLET.- Una cosa, que no vale nada..., pero; guarda, Pablo... Vamos a verle.

Escena IV

CLAUDIO solo

Salón de Palacio.

CLAUDIO.- ¡Qué peligroso es dejar en libertad a este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, o son incurables, o se alivian con desesperados remedios.

Escena V

CLAUDIO, RICARDO

Escena VI

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS

CLAUDIO.- Y bien y Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.- Ha ido a cenar.

CLAUDIO.- ¿A cenar? ¿Adónde?

HAMLET.- No adónde coma, sino adónde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el Monarca supremo de todos los comedores. Nosotros engordamos a los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El Rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes; pero se sirven a una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.- ¡Ah!

HAMLET.- Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido a un Rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.- ¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.- Nada más que manifestar, cómo un Rey puede pasar progresivamente a las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.- ¿En dónde está Polonio?

HAMLET.- En el cielo. Enviad a alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podéis vos mismo irle a buscar a otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.- Id allá a buscarle.

HAMLET.- No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

Escena VII

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.- Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad, no dilates tibia la ejecución de mi suprema voluntad, que por cartas escritas a este fin, te pide con la mayor instancia, la pronta muerte de Hamlet.

Escena VIII

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN, SOLDADOS

Escena IX

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO Y GUILLERMO, SOLDADOS

Escena X

HAMLET solo

HAMLET.- Cuantos accidentes ocurren, todos me acusan, excitando a la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no más. No. Aquél que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dio ciertamente esta facultad, esta razón divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve a penetrar los casos venideros (proceder en que hay más parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un Príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal a los golpes de la fortuna a la muerte, a los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar sólo cuando ocurre un gran motivo; sino en saber hallar una razón plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa; cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razón y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como a sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aún no es suficiente sepultura a tantos cadáveres. ¡Oh! De hoy más, o no existirá en mi fantasía idea ninguna, o cuántas forme serán sangrientas.

Escena XI

GERTRUDIS, HORACIO

Galería de Palacio.

GERTRUDIS.- No, no quiero hablarla.

HORACIO.- Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasión.

GERTRUDIS.- ¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.- Habla mucho de su padre; dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve a los que las oyen a retenerlas, examinando el fin conque las dice, y dando a sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan a creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz.

GERTRUDIS.- Será bien hablarla: antes que mi repulsa, esparza conjeturas fatales, en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir.

Escena XII

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

OFELIA.- ¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.- ¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA.- ¿Cómo al amante que fiel te sirva, de otro cualquiera distinguiría? Por las veneras de su esclavina, bordón, sombrero con plumas rizas, y su calzado que adornan cintas.

GERTRUDIS.- ¡Oh! ¡Querida mía! Y, ¿a qué propósito viene esa canción?

OFELIA.- ¿Eso decís? Atended a ésta. Muerto es ya, señora, muerto y no está aquí. Una tosca piedra a sus plantas vi y al césped del prado su frente cubrir. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Escena XIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

GERTRUDIS.- ¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

CLAUDIO.- ¿Cuánto ha que está así?

CLAUDIO.- Acompáñala a su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

Escena XIV

CLAUDIO, GERTRUDIS

CLAUDIO.- ¡Oh! Todo es efecto de un profundo dolor, todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías; sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo, justo motivo a su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones, sobre la muerte del buen Polonio; cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros o comparables sólo a los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre.

GERTRUDIS.- ¡Ay! ¡Dios! **¿Qué estruendo es éste?**

Escena XV

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO

CABALLERO.- Huid, señor. El océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu más espantoso que el que manifiesta el joven Laertes, ciego de furor; venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida Señor, y gritan por todas partes: nosotros elegimos por Rey a Laertes.

Escena XVI

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS y PUEBLO

CLAUDIO.- Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelión? Déjale, Gertrudis, no le contengas...

LAERTES.- ¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.- Murió.

LAERTES.- ¿Y cómo ha sido su muerte?.. Váyase al infierno la fidelidad, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvación, en el abismo más profundo... La condenación eterna no me horroriza, suceda lo que quiera, ni éste ni el otro mundo me importan nada... Sólo aspiro, y este es el punto en que insisto, sólo aspiro a dar completa venganza a mi difunto padre.

Escena XVII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, acompañamiento.

LAERTES.- ¡Oh! ¡Calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa demencia

tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza...

OFELIA.- Lleváronle en su ataúd con el rostro descubierto.

Ay no ni, ay ay ay no ni.

Y sobre su sepultura muchas lágrimas llovieron. Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adiós, querido mío. Adiós.

LAERTES.- Ideas funestas, aflicción, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo; ¡todo en su boca es gracioso y suave!

OFELIA.- Nos deja, se va, y no ha de volver.

No, que ya murió, no vendrá otra vez... su barba era nieve, su pelo también.

Se fue, ¡dolorosa partida! se fue.

En vano exhalamos suspiros por él.

Los Cielos piadosos descanso le den.

A él y a todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh!, señores, adiós.

Escena XVIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES

CLAUDIO.- Yo debo tomar parte en tu aflicción, Laertes: no me niegues este derecho... Óyeme aparte.

Escena XIX

HORACIO, UN CRIADO

Sala en casa de HORACIO.

HORACIO.- ¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.- Unos marineros, que según dicen os traen cartas.

Escena XX

HORACIO, DOS MARINEROS

MARINERO 1.º.- Estas cartas del Embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas a vos, si os llamáis Horacio, como nos han dicho.

HORACIO.- Horacio: luego que hayas leído ésta, dirigirás esos hombres al Rey para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando empezó a darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados a apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo que se hacían, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven a verme con tanta diligencia, como si huyeras de la

muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes a expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino a Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adiós. Tuyo siempre, Hamlet.

Escena XXI

CLAUDIO, LAERTES

Gabinete del Rey.

CLAUDIO.- Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo y me darás lugar en el corazón como a tu amigo; después que has oído, con pruebas evidentes, que el matador de tu noble padre, conspiraba contra mi vida.

LAERTES.- Claramente se manifiesta... Pero, decidme ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables?

CLAUDIO.- Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles; para mí han sido muy poderosas. Una es, que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas. La otra razón por que no puedo proceder contra el agresor públicamente es el grande cariño que le tiene el pueblo.

LAERTES.- Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho más si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.- Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como ésta sola.

LAERTES.- ¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.- Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Pues éste hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu ejercicio en la esgrima. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso, para batallar contigo. Hamlet vuelve. ¿Qué acción emprenderías tú para manifestar, más con las obras que con las palabras, que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.- ¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.- Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre a los elogios que hizo de ti el francés. Por último, llegaréis a veros; se harán apuestas en favor de uno y otro... Él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin botón, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

LAERTES.- Así lo haré, y a ese fin quiero envenenar la espada con cierto unguento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte.

CLAUDIO.- Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Cuando con la agitación os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla sólo, aunque haya podido librarse de tu espada unguida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero...
Calla. **¿Qué ruido se escucha?**

Escena XXIV

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO.- ¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

GERTRUDIS.- Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes tu hermana acaba de ahogarse.

GERTRUDIS.- Donde hallaréis un sauce que crece a las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó, ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman, dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir a suspenderla de los pendientes ramos; se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal, ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, o como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durarse por mucho espacio. Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían la arrebataron a la infeliz; interrumpiendo su canto dulcísimo, la muerte, llena de angustias.

Acto V

Escena I

SEPULTURERO 1.º SEPULTURERO 2.º

Cementerio contiguo a una iglesia.

SEPULTURERO 1.º.- ¿Y es la que ha de sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación?

SEPULTURERO 2.º.- Dígame que sí, conque haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1.º.- Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2.º.- Así han juzgado que fue. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

SEPULTURERO 1.º.- En efecto dices bien y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadón... Ello es que no hay caballeros de nobleza más antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

SEPULTURERO 2.º.- Pues qué, ¿Adán fue caballero?

SEPULTURERO 1.º.- ¡Toma! Como que fue el primero que llevó armas... Pero, voy a hacerte una pregunta y si no me respondes a cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO 2.º.- Adelante.

SEPULTURERO 1.º.- ¿Cuál es el que construye edificios más fuertes, que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2.º.- El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive a mil inquilinos.

SEPULTURERO 1.º.- Agudo eres, por vida mía. Tú eres un burro lerdo, que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el Sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el día del juicio? Anda, ve ahí a casa de Juanillo y tráeme una copa de aguardiente.

Escena II

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1.º

SEPULTURERO 1.º.- Yo amé en mis primeros años, dulce cosa lo juzgué; pero casarme, eso no, que no me estuviera bien.

HAMLET.- Qué poco siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.- La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

SEPULTURERO 1.º.- La edad callada en la huesa me hundió con mano cruel, y toda se destruyó la existencia que gocé.

HAMLET.- Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la cabeza de algún estadista. ¿No te parece?

HORACIO.- Bien puede ser.

HAMLET.- ¡Oh! Sí por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros, medios para observarlas... Pero, ¿costó acaso tan poco la formación de estos

huesos a la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1.º.- Una piqueta con una azada,
un lienzo donde revuelto vaya,
y un hoyo en tierra que le preparan:
para tal huésped eso le basta.

HAMLET.- Voy a tramar conversación con este hombre. ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.º.- Mía, señor.
y un hoyo en tierra que le preparan:
para tal huésped eso le basta.

HAMLET.- Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1.º.- Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.- ¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO 1.º.- No es hombre, señor.

HAMLET.- Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO 1.º.- Tampoco es eso.

HAMLET.- Pues ¿qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1.º.- Un cadáver que fue mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.- ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.º.- Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio, el día que nuestro último Rey Hamlet venció a Fortimbrás.

HAMLET.- ¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1.º.- ¡Toma! ¿No lo sabéis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido a Inglaterra.

HAMLET.- ¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido a Inglaterra?

SEPULTURERO 1.º.- Porque..., porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no le cobra a bien que poco importa.

HAMLET.- ¿Por qué?

SEPULTURERO 1.º.- Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.- ¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.º.- De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.- ¿De qué modo?

SEPULTURERO 1.º.- Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.- Pero, ¿qué motivo dio lugar a eso?

SEPULTURERO 1.º.- ¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, por espacio de treinta años.

HAMLET.- ¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º.- De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho o nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.- ¿Pues qué tiene él más que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1.º.- Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya, por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye a cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veintitrés años.

HAMLET.- ¿De quién es?

SEPULTURERO 1.º.- Mayor hideputa, ¡loco! ¿De quién os parece que será?

HAMLET.- ¿Yo cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º.- ¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufón del Rey.

HAMLET.- ¿Ésta?

SEPULTURERO 1.º.- La misma.

HAMLET.- ¡Ay! ¡Pobre Yorick! Yo le conocí..., era un hombre sumamente gracioso de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número. ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aún puedes reírte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dila, para excitar su risa, que porque se ponga una pulgada de afeitte en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformación... Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.- ¿Cuál es, señor?

HAMLET.- ¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, tendría esa forma horrible?

HORACIO.- Cierto que sí.

HAMLET.- Y exhalaría ese mismo hedor... ¡Uh!

HORACIO.- Sin diferencia alguna.

HAMLET.- En qué abatimiento hemos de parar, ¡Horacio! Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarla tapando la boca de algún barril?

HORACIO.- A fe que sería excesiva curiosidad ir a examinarlo.

HAMLET.- No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí, con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿y por qué con este barro en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh!... Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las

hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno... Pero, callemos... hagámonos a un lado, que... sí... Aquí viene el Rey, la Reina, los Grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es éste! Ocultémonos un poco, y observa.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS. Acompañamiento de Damas, Caballeros y Criados.

EL CURA.- Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar a muchas dudas, y a no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano, allí estuviera hasta que sonase **la trompeta final**, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, **el clamor de las campanas** y la sepultura.

LAERTES.- ¿Con que no se debe hacer más?

EL CURA.- No más. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un réquiem para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con más cristiana disposición.

LAERTES.- Dadla tierra, pues. Sus hermosos e intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y a ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.- ¡Qué! ¡La hermosa Ofelia!

LAERTES.- No... esperad un instante, no echéis la tierra todavía... No..., hasta que otra vez la estreche en mis brazos... Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagáis un monte que descuelle sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.- ¿Quién es el que da a sus penas idioma tan enfático? ¿El que así invoca en su aflicción a las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas a oírle?... Yo soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca.

LAERTES.- El demonio lleve tu alma.

HAMLET.- No es justo lo que pides... Quitá esos dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico; algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente, debes evitarle. Quitá de ahí esa mano.

CLAUDIO.- Separadlos.

GERTRUDIS.- ¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.- ¡Señores!

HAMLET.- No, por causa tan justa lidiaré con él, hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.- Qué causa puede haber, hijo mío...

HAMLET.- Yo he querido a Ofelia y cuatro mil hermanos juntos no podrán, con todo su amor, exceder al mío...

CLAUDIO.- Horacio, ve, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia, mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente...

Escena IV

HAMLET, HORACIO

Salón del Palacio.

HAMLET.- Salgo, pues, de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y a tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo a mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones, de ser importante a la tranquilidad de Dinamarca, y aún a la de Inglaterra y ¡oh! mil temores y anuncios de mal, si me dejan vivo... En fin, decía: que luego que fuese leída, sin dilación, ni aun para afinar a la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HAMLET.- Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, pidiéndole, por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte a los dos mensajeros; no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.- De ese modo, Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

HAMLET.- Ya ves que ellos han solicitado este encargo, mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina...

HORACIO.- ¡Oh! ¡Qué Rey éste!

HAMLET.- ¿Juzgas tú, que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? Él, que asesinó a mi padre y mi Rey, que ha deshonrado a mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio, y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida, valiéndose de medios tan alevos... ¿No será justicia rectísima castigarle con esta mano?

HORACIO.- Callad... ¿Quién viene aquí?

Escena V

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE

ENRIQUE.- Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del Rey.

HAMLET.- Estoy dispuesto a oírla con la mayor atención...

ENRIQUE.- El Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto. El Rey ha apostado que si batalláis con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice, que en las mismas doce, os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente: si os dignáis de responder.

HAMLET.- Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta, si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

Escena VI

HAMLET, HORACIO

Escena VII

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO

Escena VIII

HAMLET, HORACIO

HORACIO.- Temo que habéis de perder, señor.

HAMLET.- No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja... Pero... No podrás imaginarte que angustia siento, aquí en el corazón. Y ¿sobre qué?.. No hay motivo.

HORACIO.- Con todo eso, señor...

HAMLET.- ¡Ilusiones vanas! Especie de presentimientos, capaces sólo de turbar un alma femenil.

HORACIO.- Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me adelantaré a encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

HAMLET.- No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla, si no ha de venir ya, señal que es ahora, y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde o presto? Sepa morir.

Escena IX

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, Caballeros, Damas y acompañamiento.

CLAUDIO.- Ven, Hamlet, ven, y recibe esta mano que te presento.

HAMLET.- Laertes, si estáis ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza, o vuestro honor, cualquiera acción en fin, capaz de irritaros; declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido a Laertes? No, Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí, y si en tal ocasión (en que él a sí propio se

desconocía) ofendió a Laertes, no fue Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola...

LAERTES.- Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros a pedirme en este caso venganza, queda satisfecho.

HAMLET.- Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto a la batalla que va a comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos.

Dadnos floretes.

CLAUDIO.- Dales floretes, joven Enrique.

LAERTES.- Este es muy pesado. Dejádme ver otro.

HAMLET.- Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.- Sí señor.

CLAUDIO.- Cubrid esta mesa de copas, llenas de vino. Si Hamlet da la primera o segunda estocada, o en la tercera suerte da un quite al contrario, **disparen toda la artillería de las almenas**. El Rey beberá a la salud de Hamlet echando en la copa una perla más preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses. Traed las copas, y el **timbal diga a las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo**, y el cielo a la tierra; ahora brinda el Rey de Dinamarca a la salud de Hamlet...

HAMLET.- Vamos.

LAERTES.- Vamos señor.

HAMLET.- Una.

LAERTES.- No.

HAMLET.- Que juzguen.

ENRIQUE.- Una estocada, no hay duda.

LAERTES.- Bien; a otra.

CLAUDIO.- Esperad... Dadme de beber. Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella a tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.- Esperad un poco. Quiero dar este bote primero. Vamos. Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.- Sí, me ha tocado, lo confieso.

CLAUDIO.- ¡Oh! Nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.- Está grueso, y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo, y límpiate el rostro. La Reina brinda a tu buena fortuna querido Hamlet.

HAMLET.- Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.- No, no bebáis.

GERTRUDIS.- ¡Oh! Señor, perdonadme. Yo he de beber.

CLAUDIO.- ¡La copa envenenada!.. Pero... No hay remedio.

HAMLET.- No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.- Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.- Ahora veréis si le acierto.

HAMLET.- Vamos a la tercera, Laertes... Pero, bien se ve que lo tomáis a fiesta, batallad, os ruego, con más ahínco. Mucho temo que os burláis de mí.

ENRIQUE.- Ved qué tiene la Reina ¡Cielos!

HORACIO.- ¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.- ¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.- Esto es haber caído en el lazo que preparé, justamente muero víctima de mi propia traición.

HAMLET.- ¿Qué tiene la Reina?

CLAUDIO.- Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.- No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet! ¡La bebida! ¡Me han envenenado!

HAMLET.- ¡Oh! ¡Qué alevosía!.. ¡Oh!.. Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes...

LAERTES.- No, el traidor está aquí. Hamlet, tú eres muerto... no hay medicina que pueda salvarte, vivirás media hora, apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta. ¡Volvióse en mi daño, la trama indigna! Vesme aquí postrado para no levantarme jamás. Tu madre ha bebido un tosigo... No puedo proseguir... El Rey, el Rey es el delincuente.

HAMLET.- ¡Está envenenada esta punta! Pues, veneno, produce tus efectos.

CLAUDIO.- Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.- ¡Malvado incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña ¿Está la perla aquí? Sí, toma, acompaña a mi madre.

LAERTES.- ¡Justo castigo!... Él mismo preparó la poción mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet y... ¡Oh! ¡No caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mí la tuya!

HAMLET.- El Cielo te perdone... Ya voy a seguirte. Yo muero, Horacio... Adiós, Reina infeliz... Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor a este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo. La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... pero, no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta, a quien los ignora.

HORACIO.- ¿Vivir? No lo creáis. Yo tengo alma Romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo.

HAMLET.- Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh! ¡Querido Horacio! Si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputación dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazón, retarda un poco esa felicidad que apetece; alarga por algún tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia...

¿Qué estrépito militar es éste?

Escena X

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO y acompañamiento.

CABALLERO.- El joven Fortimbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís a los Embajadores de Inglaterra.

HAMLET.- Yo expiro, Horacio, la activa ponzoña sofoca ya mi aliento... ¡Oh!... Para mí solo queda ya... silencio eterno.

Escena XI

FORTIMBRÁS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, acompañamiento.

HORACIO.- Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces sentencias que dictó el acaso estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia y al fin, proyectos malogrados, que han hecho perecer a sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.- **Resuene la música militar** por donde pase la pompa fúnebre, y hagánsele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento, más es propio de un campo de batalla que de este sitio...

theres a divinity that shapes our ends, rough hew them how we will